

EL MAL DEL SIGLO (TEXTO INÉDITO DE UNAMUNO)

*El mal del siglo (an unpublished Unamuno's work)*

Laureano ROBLES

Universidad de Salamanca

RESUMEN: Lo escribió Unamuno en octubre de 1897. Tenía que ser el primer capítulo de una obra que no llegó a terminar, y que iba a llamarse *Meditaciones evangélicas*. Terminado de componer el *Nuevo Mundo*, a primeros de marzo de 1896, Unamuno pasó al año siguiente su famosa «Crisis del '97», después de la cual inició la redacción de su *Diario íntimo*. El texto que hoy se publica está íntimamente relacionado con él. Muchas de sus ideas están en él; son su prolongación, o algunas allí expuestas se desarrollan en éste.

*Palabras clave:* Nuevo Mundo, Diario íntimo, Meditaciones evangélicas, escritos de Unamuno.

ABSTRACT: *El mal del siglo* was written by Unamuno in the October of 1897 as first chapter of *Meditaciones evangélicas*, an unfinished work. This book belongs to the novel *Nuevo mundo*, finished in march '96 and *Diario íntimo*, drowen up after the famous crisis of '97. The text, now published for the first time, is tightly related to *Diario íntimo* and many ideas and topics were previously developed in it.

*Key words:* Crisis of '97, *Meditaciones evangélicas*, *Nuevo Mundo*, *Diario íntimo*.

Cuando publiqué el *Nuevo Mundo* —terminado de componer por Unamuno a primeros de marzo de 1896<sup>1</sup>—, no conocía lo que hoy sé. La lectura cronológica de su *Epistolario* —cuya edición preparo—, me está permitiendo disponer de toda

una serie de detalles sobre las obras y escritos de Unamuno, que entonces ignoraba. Hoy puedo decir que el *Diario íntimo* es una prolongación del *Nuevo Mundo* y que las *Meditaciones evangélicas* son una continuación de aquél.

Pero, ¿dónde están? ¿qué textos las forman?

El texto que hoy se publica es el primero de sus capítulos. Irán apareciendo los otros. En total seis, que son estos:

- I.- El mal del siglo.
- II.- Jesús y la Samaritana.
- III.- Nicodemo el fariseo.
- IV.- La conversión de San Dionisio.
- V.- San Pablo en el Areópago.
- VI.- El reinado social de Jesucristo.

En un principio no fue ése el título que pensó darles, ni el orden a seguir en los capítulos. En una hojita suelta, en su archivo privado, hallo esto: «*Narraciones evangélicas* —Jesús y la Samaritana. Nicodemo. (El mal del siglo) —El eunuco de Candace. —(Hechos VIII) —La conversión de S. Dionisio —El reino social de Jesús»<sup>2</sup>.

Tal debió ser la idea inicial que tuvo de las mismas. Pero muy pronto fue modificada, a medida que la obra iba adquiriendo forma.

#### 1. FECHA DE COMPOSICIÓN DEL TEXTO

Aunque al final del mismo podamos leer: «Salamanca, 18 octubre», Unamuno no indicó el año de su composición. ¿Qué año fue ése? La lectura de sus cartas nos lo dice: 1897.

La primera noticia que tenemos del texto la hallamos en una carta que Unamuno escribe a su amigo co-vizcaino, el que fuera luego general de artillería, Juan Arzadun, el 30 de octubre de 1897. Leemos en ella:

Duerme y dormirá el manuscrito de *El reino del hombre*, que ya el año pasado terminé. Si lo repaso, será para refundirlo convirtiéndolo en *El reino de Dios*.

Mas como las necesidades de la vida se imponen y necesito ganar suplemento a mi sueldo, hago artículos. Tengo varios, uno *El mal del siglo* para una revista y otro, *Fantasia crepuscular* para el *Imparcial*<sup>3</sup>.

Notas, apuntes y esquemas tengo de hasta otros treinta y nueve y algunos en borrador ya. Los que huelen a sermón los iré reservando, y eso que siempre han tendido a sermón mis artículos más íntimos.

En mi diario de estos meses tengo cantera para muchos artículos pero eso debo reservarlo, porque no quiero que lo que puede llegar a ser mi verdadera y honda

1. Miguel de UNAMUNO, *Nuevo Mundo*, Edición de Laureano Robles, Madrid: Ed. Trotta, 1994, 104 pp. *Neue Welt*, Merlin, s.f., 181 pp.

2. Salamanca, Casa Museo Unamuno (= en adelante CMU), caja 9/9 (olim: 111/218).

3. En: *Vida Nueva*, Madrid, 14-VIII-1898; en: *Ecos Literarios*, 32, 19-VIII-1898; en: *Euskal-Erria*, 39, 1898, 594-596; E-I, 77-79 (cito siempre por la edición Escelicer. La E precede siempre al tomo de sus obras).

regeneración y la curación de mis males, se convierta en una aventura literaria, en algo como el funesto *En route* del funestísimo Huysmans<sup>4</sup>.

¡Cómo envenena el literatismo y nos lleva a tomarlo todo como experiencia y prueba, como lujuria espiritual, según la viva expresión del portentoso San Juan de la Cruz! Éste es el místico castellano hondo, sentido, profundo, austero, elevado. No se le conoce más porque su prosa es pesada y nada literaria. ¡Condenada literatura! Aunque hago mal en condenar una cosa que, como todo medio, puede servir a la gloria de Dios y bien de los hombres. Lo condenado es el literatismo, que toma el medio como fin y repite esas blasfemias de «el arte por el arte», etc. Pero Dios es justo y dispone del tiempo. Así ves que a medida que baja en Inglaterra el prestigio de aquel monstruoso Byron, sube el del dulce, íntimo, religioso y cristiano Wordsworth. A la larga triunfa el bueno, y del malo el granito de bondad.

Cada día se siente más la fatiga del racionalismo agnóstico.

Cuando cuentan los Hechos de los Apóstoles que llegó San Pablo a Atenas, cuyos habitantes no entendían más que en decir y oír cosas nuevas (grasgos gráficos!) que por pura curiosidad, por diletantismo, le llamaron el areópago y allí el Apóstol, recorriendo su santuario, halló un altar vacío con esta inscripción: «Al Dios desconocido» (es decir, al inconocible de hoy) y exclamó: «A aquél, pues, a quien honráis sin conocerle, a éste os anuncio». Y siguió en aquel asombroso sermón que ocupa los versillos 22-31 del capítulo 17 de los Hechos de los Apóstoles (léelo). Así sucede hoy que muchos adoradores del Inconocible, a quien elevaron un ara entre otras tantas aras como el diletantismo recoge, oyen por dentro de sí la voz del Apóstol. ¡Ojalá salga de todo ello un nuevo San Dionisio como del diletantismo ateniense salió! Pensando en esto me arrepiento de cuanto digo contra el neo-misticismo diletantesco de los atenienses o estetas de hoy a la busca de cosas nuevas, de modas o de modernismos. ¿Quién sabe? Entre ellos de seguro habrá más de un Dionisio. Sólo que sucede como entonces y es que por todo pasan, todo les parece curioso, interesante, poético, ideal, pues «así que oyeron la resurrección de los muertos, unos se burlaban y otros decían: “Te oiremos acerca de esto otra vez”». Todo lo que hace referencia a la muerte es la piedra de toque. En fin, dejo esto que podrás ver en el ensayo que he de publicar (con otros) titulado *La conversión de San Dionisio*<sup>5</sup>.

Dos cosas se dicen en la carta: La primera, que *El mal del siglo* lo tiene terminado; la segunda, que lleva meses componiendo un *Diario*. No nos dice a qué revista piensa enviarlo, aunque lo haya en principio concebido así.

Un mes más tarde, el 23 de noviembre, le dirá a Leopoldo Gutierrez Abascal: pero para lo que me preparo con calma, pidiendo fuerza y desinterés y pureza de intención, es para la serie de lo que puedo llamar mis sermones. Tengo hechos dos «El mal del siglo» y «Jesús y la samaritana», y el plan de otros dos «La conversión de S. Dionisio» (comentario al cap. XVII de los *Hechos de los Apóstoles*) y Gamaliel». Con «Jesús y la samaritana» me sucedió que leyéndoselo á unos constantes amigos

4. J. K. HUYSMANS, *En route*, 2.<sup>a</sup> ed., Paris: Tresse & Stock, Editeurs, 1895, pp. 458 (Salamanca, CMU, U-3987).

5. Miguel de UNAMUNO, *Epistolario americano* (1890-1936), edición, introducción y notas de Laureano Robles, Salamanca: Ediciones Universidad, 1996, p. 43 (en adelante citaré EA).

de aquí, en plena carretera, llegó un momento en que no pude más y tuve que llorar. Dos veces, querido Leopoldo, sólo dos veces he roto esta costra de sequedad y he llorado ante extraños (llamo así á los que no son de mi familia) una ante Soltura, aquí, en este mismo gabienete en que escribo, y otra ese día en la carretera. Y ¡qué bien hace sacar a la luz *flaquezas* (así las llaman) ocultas por cierta soberbia!

Los ensayos religiosos que tengo redactados ya así como cinco cuadernillos le enviaré á usted pronto<sup>6</sup>.

En marzo de 1897 Unamuno había estado a punto de suicidarse<sup>7</sup>. Pasó por la famosa Crisis del 97; que fue una crisis de angustia<sup>8</sup>, nihilismo al mismo tiempo. En el *Diario íntimo* escribe: «Es una enfermedad terrible el intelectualismo, y tanto más terrible cuanto que se vive en ella tranquilamente, sin conocerla; es tan terrible como la locura o el idiotismo, en que, se dice que ni el loco ni el idiota sufren, pues no conocen su mal, y aun pueden vivir contentos. No hace más que reírse Raimundín<sup>9</sup>. Crisis que le llevo a replantearse su visión de Dios, del mundo y del alma; pero sin esperanza alguna. «Y he aquí cómo yo me huía de todo intelectualismo volveré a caer en él. Maté mi fe por querer racionalizar, justo es que ahora vivifique en ella mis adquisiciones racionales y emplee en esta labor mi tiempo. Todo esto es para volverse loco»<sup>10</sup>.

El 2 de enero de 1898 —reanudando el hilo del discurso—, le decía ya a Pedro Múgica, residente en Berlín:

Estoy metido en un sin fin de trabajos. *Pienso* publicar: *en tomo mis artículos En torno al casticismo*; tengo acabados tres ensayos («El mal del siglo», «Jesús y la samaritana», «Nicodemo») que formarán parte de unas *Meditaciones Evangélicas*; llevo hechos cuatro artículos de una colección a que titularé *Celajes y Paisajes*; trabajo en la refundición y extraordinaria ampliación de los artículos que con *Memorias de mi niñez y bachillerato* publiqué en *El Nervión*, artículos que harán un libro *Niñez y Juventud*, y no dejo de la mano mi *Vida del romance castellano*.

Es la primera vez que Unamuno nos da el título de lo que ha de ser su futura obra, *Meditaciones evangélicas*, para la que tiene acabados ya los tres primeros capítulos: «El mal del siglo», «Jesús y la samaritana» y «Nicodemo».

Al día siguiente, 3 de enero, añadirá a Pedro Jiménez Ilundain:

Preparo unas *Meditaciones evangélicas*, y entre ellas hay una, «El mal del siglo», en que desarrollo el hecho de que hoy entristece a las almas el nihilismo, la perspectiva

6. *Cartas íntimas*. Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal. Recopilación, introducción y notas de Javier González de Durana, Bilbao: Eguzki, s.f. 1986, p. 77.

7. Recuérdese «El suicidio en España» (E-VII, 523).

8. E-VIII, 783.

9. E-VIII, 811.

10. E-VIII, 829.

abrumadora de la nada ultramundana. Si todos estamos condenados a volver a la nada, si la humanidad es una procesión de espectros que de la nada salen para volver a ella, el aliviar miserias y mejorar la condición temporal de los hombres no es otra cosa que hacerles la vida más fácil y cómoda, y con ello más sombría la perspectiva de perderla; es la infelicidad de la felicidad. Nos hemos obsesionado de razón, como si la bondad íntima no fuese un órgano de relacionarnos con la verdad, más poderoso acaso que la razón, que de las meras relaciones de las cosas no pasa.

Procure Vd. mejorar moralmente, purificar sus intenciones, y sobre todo ser humilde. Pida Vd. a Dios luz y paz, y déjelo obrar.

Pocas convicciones han sido más arraigadas y hondas en mí que la convicción del determinismo volitivo. Pero éste supone que toda realidad cabe racionalizarla, que nuestra ciencia puede determinar todo. Si en matemáticas, que pasa por lo más exacto, hay cantidades imaginarias y funciones indeterminables y relaciones inconmensurables para nuestro modo de contar, ¿por qué no ha de haber algo así en psicología? Si no hay fin en la creación, todo esto es un verdadero absurdo.

Los otros ensayos de mis *Meditaciones* son «Jesús y la samaritana» y «Nicodemo», concluidos ya, y en telar «San Pablo en el areópago». Y otro. Le prestaré las cuartillas de lo hecho ya.

¡Qué cosa más terrible es atravesar la estepa del intelectualismo, y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene la imagen de la muerte y de total acabamiento! Si supiera usted qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual. Lo terrible en las úlceras del estómago es que empieza éste a digerirse a sí mismo destruyéndose. Así en la úlcera del intelectualismo la conciencia se devora a sí propia en puro análisis. Aconsejan distraerse, lo cual quiere decir disiparse, enfangarse en la obsesión de la vida. Es inútil. Cuando nos llaman debemos responder, y cuando la imagen del morir nos sobrecoge, pensar en ella sin descanso hasta verlo todo a su través como quien lleva gafas de color. Me cogió la crisis de un modo violento y repentino, si bien hoy veo en mis mismos escritos el desarrollo interior de ella. Lo que me sorprendió fue su explosión. Entonces me refugié en la niñez de mi alma, y comprendí la vida recogida, cuando al verme llorar se le escapó a mi mujer esta exclamación viniendo a mí: «¡Hijo mío!». Entonces me llamó hijo, hijo. Me refugié en prácticas que evocaran los días de mi infancia, algo melancólica pero serena. Y hoy me encuentro en gran parte desorientado, pero cristiano y pidiendo a Dios fuerza y luz para sentir que el consuelo es verdad.

La patria del alma es Dios, y el hombre debe ser dueño y no esclavo de la tierra. Aquí tiene usted en apretadísimo extracto las ideas capitales de mi ensayo acerca del reinado social de Jesús, ensayo que parecerá de utópico cristianismo a unos, anarquistas a otros. Frente a la ley, la justicia; y en vez del derecho y del deber, la gracia y el sacrificio. Derecho, deber, ley son categorías del Derecho Romano, de aquella ruda concepción que sigue siendo el verdadero evangelio de los pueblos que se llaman cristianos.

*El ita ius esto, el ius utendi et abutendi*, toda aquella concepción romana, nacida de la guerra y basada en la propiedad privada, toda aquella construcción jurídica de un pueblo de amos de esclavos se ha infiltrado en las almas modernas, en la misma doctrina cristiana. La Iglesia católica no es gran parte más que un monstruoso compromiso entre dos cosas que se destruyen, el Derecho Romano y el Evangelio,

la Ley de las doce tablas y el Sermón de la montaña. Toda la labor es que se vaya haciendo el alma humana más cristiana cada vez.

Y si el cuadro ideal de una sociedad cristiana, honda y radicalmente cristiana, parece un sueño irrealizable, si la ciudad de Dios parece una utopía, a esto se contesta con aquellas palabras de Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos». Palabras que son la más solemne consagración de la utopía. La perfección divina es inasequible. Y, sin embargo, la perfección divina, lo inasequible, nos pone Cristo como término. Sólo aspirando a lo inasequible se alcanza lo asequible. Sólo proponiéndose lo imposible se logra todo lo posible. Sólo prosperarán y vivirán vida de paz los pueblos, lo mismo que los individuos, puesta la mirada en el pueblo ideal, en el reino de Dios y su justicia, en el reinado social de Jesús. Pero hoy, a nombre de religión, se exalta el heroísmo pagano, el pundonor mundano, el patriotismo bélico, el odio de razas, etc. He aquí, lo repito, en líneas muy generales y sin la carne que ha de nutrirlo, mi ensayo acerca de *El reinado social de Jesús*.

Los otros dos ensayos que preparo son «San Pablo en el areópago», contra el diletantismo, literatismo, esteticismo, etc.; y «La oración de Dimas» acerca de la superioridad de la intención sobre las obras exteriores<sup>11</sup>.

Unamuno nos da aquí toda una serie de ideas que aparecerán desarrolladas en los textos.

Un mes más tarde, el 12 de febrero, le dirá a Leopoldo Gutiérrez Abascal:

La lectura de la primera serie de mis *Meditaciones cristianas* («El mal del siglo», «Jesús y la samaritana» y «Nicodemo») y la de mi diario de impresiones últimas ha hecho que esté en tan íntima relación de espíritu con usted que apenas necesito extenderme mucho. Supongo habrá leído también lo que acerca del negocio de la guerra escribí en *La Estafeta*.

Voy entrando cada vez en mayor calma y sosiego internos, y empiezo a asistir en mi conciencia a cierto trabajo de reconstrucción, o de síntesis que decía un hegeliano. Fui de niño y mozo, hasta eso de mis dieciocho o veinte años, como usted debe sacar, de carácter reconcentrado y seriete, profundamente religioso, católico practicante y lleno hasta de ensueños de místico ascetismo. A eso de los diez y ocho años empecé a cambiar *intelectualmente*, más a partir de mi misma fe y en puro ahondarla, y paso a paso, por proceso lento, llegué hasta el más radical positivismo y a las negaciones más absolutas, si bien conservando siempre aquel fondo de reconcentrada seriedad y un hondo religiosismo que hasta en la vida moral me preservaron del exceso de la edad. Sólo sufrí (y aún no estoy curado) como intelectualizado que estaba, de cierta velada soberbia. En este periodo de mi estudio pertinaz y sostenido es en el que he adquirido casi todo el caudal de mis conocimientos, que iban organizándose, sin yo advertirlo, sobre el fondo de mi niñez. Usted, que me conoció cuando mi primitivo fondo, mi sentido moral algo cuáquero, más fuerza tomaba bajo la balumba de mis ideas y aún de mis negaciones, sabe esto. Vino la crisis que usted conoce, y hoy asisto a la reorganización de mis conocimientos sobre la base religiosa de mi niñez, a un encaje de la adaptación en la herencia. Siento que se anima y cobra alma el cuerpo de mis ideas. Y puedo decir

11. EA, 45-46, ef. p. 104.

que sin renunciar a las convicciones que he logrado en estos últimos 12 ó 14 años de estudio resurge mi fe primera en lo que tuvo de más puro y de menos formalista. Siempre he tenido fe, aunque viuda de dogma mucho tiempo; hoy la misma fe hace dogma, pero no en el sentido corriente.

Así es que a medida que crece y se ahonda mi preocupación por el destino individual y el más allá de la tumba crece y se ahonda mi preocupación por las cuestiones sociales. La miseria impide mirar al cielo. Medito cuanto puedo en lo económico y en lo religioso, y me siento más socialista cuanto más cristiano. ¡Si supiera usted cuánto proyecto de trabajos, de verdaderas predicaciones bullen en mi mente! Ahora deseo publicar la primera serie de mis *Meditaciones* para preparar al público a la segunda que contendrá un ensayo, «El reinado social de Jesús», que será un cuadro del socialismo cristiano, una condena de la guerra, del militarismo, de la patriotería (como la que se desencadena contra Zola) etc., sobre base evangélica, sin agresividad. Tal vez cause cierta extrañeza mi ideal casi de monacato social, de un vasto cenobio en cierto sentido. Por esto estudio ahora el cuaquerismo, una de las más interesantes manifestaciones cristianas<sup>12</sup>.

Aquí, las *Meditaciones evangélicas* van a llamarse *Meditaciones cristianas*. Los datos se van ampliando. El texto se lo ha remitido a Pedro Jiménez Ilundain para que le dé su opinión.

En una carta sin fecha —pero contestando a la que Unamuno le escribiera el 3 de enero de 1898—, Pedro Jiménez Ilundain le diría desde París: «*Las Meditaciones evangélicas* no han llegado por aquí. ¿Se habrán extraviado?»<sup>13</sup>.

El 2 de febrero le dice ya: «Esta mañana he recibido sus cuartillas y en este momento (6 de la tarde) las acabo de leer por primera vez.

Pasado mañana o al día siguiente a más tardar las tendrá en Londres el Sr. Jaime Brossa a quien se las mandaré bien acondicionadas y certificadas.

Pienso volver a leerlas de nuevo y por el momento y sin acabar de meditar en ellas no sabría decirle cosa de provecho.

Sí que en este instante estoy emocionado... impresionado (no sé cómo explicarme bien); tal vez mañana siga ateniéndome a mi carta última. Por lo contado me han hecho mucho bien mientras las he ido leyendo». A vuelta de correo, Unamuno le contesta con otra, fechada el 8 —que tampoco se conoce—, a la que responde Jaime Brossa el 18 del mismo mes con una postal: «Ya he leído sus manuscritos. Pronto le escribiré y le daré cuenta de mis impresiones»<sup>14</sup>.

Desgraciadamente no conocemos toda la impresión que la lectura de las *Meditaciones* de Unamuno le produjeron a Pedro Jiménez Ilundain. No se conserva en el archivo su carta. Sabemos, en cambio, que lo hizo; pues, en otra que le escribiera en abril de aquel año —aparte de enviarle la *Philosophie de la religion*, de Paul Sabatier, y *La cathedrale*, de Huysmans—, le dice:

12. *Cartas íntimas*, p. 88-89.

13. Salamanca, CMU, Y. 10-15.

14. Salamanca, CMU, B. 6, 20-24.

En paquete aparte le remito la *Philosobie de la religion* (Sabatier) y *La Cathedrale*. Como dicen en su jerga estos Sres. comerciantes «nos encontramos en las compras de temporada» y hasta que la hayamos terminado no podré apenas disponer de media hora libre al día. Así es que ni tiempo para ojear esas dos obritas he tenido.

*La Cathedrale* de Huymans no solo la conocía sino que hace ya unos 10 días se la envié a nuestro amigo Areilza, por encargo expreso suyo. Me decía que la leyerá yo y si la juzgaba interesante se la remitiera, pero faltándome tiempo para ello preferí hacer lo contrario, así es que le rogué a mi vez que cuando él la tenga leída me la mande si cree que merece la pena.

Tengo de Huysmans *En Route* y *La Bas* a su disposición pero creo que ya las conocerá si no se las mandaría.

Cuatro o cinco días después de haber mandado a Londres los originales que tuvo V. la bondad de enviarme, escribí a V. si mal no recuerdo, exponiéndole la impresión que me causaron. ¿No recibió esa carta? Sin entrar en detalles repetiré ahora que sus *Meditaciones* me encantaron. Hay en ellas párrafos magníficos. «No basta hacer el *bien* es preciso ser *bueno*, etc. y otros».

En asunto tan trillado como todo lo que se refiere a Jesús, su vida y hechos ha sabido V. ser original y algunos puntos de vista me parecen *nuevos* y bien dichos y mejor sentidos.

Pudiera ser, sin embargo, que la obra en cuestión refleje en general impresiones o estados de espíritu demasiado personales y tal vez escepcionales, y no sería extraño que para entenderla como yo la entiendo sea necesario estar al corriente de las circunstancias que han llevado al autor por esos derroteros. Creo que me entenderá V. supliendo lo que yo tal vez no sé decir.

Por de contado, hay, en sus *Meditaciones* y hasta me atrevería a decir que en la tendencia general de sus escritos, algo que no me satisface por completo y esto por la amistad que le profeso y porque me gustaría verle a la altura que creo se merece.

Entiendo que V. y cuantos en el mundo escriben y publican sus escritos quieren ante todo *lectores*, muchos lectores y si puede ser los *mejores*, los *cultos*, los sabios mejor, pero en definitiva lectores, pues en el hecho de ser tales no andarán muy lejos de gustar y apreciar lo que el autor les dice.

Por otra parte, los sabios no suelen serlo en todo. También se dejan llevar de la corriente como cualquier pedante vatasalsas de la literatura y gustan más leer lo que va firmado por un *nombre* que ya se ha hecho lugar, que lo que escribe un desconocido por inteligente y sabio que sea. Suponiendo que Spencer (por ejemplo) tuviera sobre un asunto dado una idea necia y vulgar y que la publicara en un libro, esa idea tonta y todo, sería discutida muy formalmente por los sabios de casi todo el mundo y desde luego el *libro* sería solicitado y leído por cuantos desean estar al corriente de todo lo nuevo que se presume bueno.

Sobre ese mismo asunto escribe un desconocido con todo el talento que se quiera y sus ideas se quedan enterradas en un pequeño círculo, en una provincia o en una nación a lo sumo y de ahí no pasa. Con todo esto quiero decirle que el que quiera en serio dedicarse a escribir, debe procurar ante todo darse a conocer en todas partes y para esto creo que todos los caminos serán mejores que empeñarse en sacar *punta* a hechos y dichos de Jesucristo en cuya tarea se han ocupado cientos



de generaciones y millones de escritores, colocados en todos los puntos de vista concebibles.

Y Huysmans, por ejemplo, ¿no se ha dado a conocer por este medio? Esto mismo a mi entender hará más difícil que otro consiga lo mismo siguiendo sus pasos. Además Huysmans escribe en francés y desde París y esto solo a un mediano talento le ahorra la mitad de camino. Creo además que no es tan conocido como merece aunque lo es más por *moda* que por otra cosa. Pasará pronto.

¿Y Tolstoy? Este sí que partió de un punto muy lejano en que hoy se encuentra.

Precisamente lo que yo quería ver en V. era algo de esto. No me pareció mal principio *Paz en la Guerra*.

Hay en este libro *savía* suficiente para hacer que un *hombre* suene. Si lo hubiera firmado Tolstoy esos mismos periodistas y demás que pudieron matarlo con el silencio, se hubieran hecho lenguas de él y lo hubieran puesto muy por encima de tantos otros que han llamado la atención de todo el mundo. *La Débâcle*, por ejemplo.

El error de *Paz en la Guerra* fue a mi ver de detalles. De algunos que ya le hablé desde Gallarta y sigo pensando lo mismo.

Había en todo el libro demasiado *sabor local* muy agradable por los recuerdos que despertaba, para los que habían vivido en nuestras provincias por aquel tiempo pero que al resto de España y del mundo no le producía ningún efecto y le importaba un rábano.

*El Mal del Siglo* y las demás obras en que se ocupa V., por el solo hecho de girar alrededor de los manoseados Evangelios son también en cierto modo *locales, limitadas* e interesan a mucha menos gente de lo que se cree.

*La Sonata de Kreutzer* es verdad para un Ruso, un Inglés, un Español etc. ya sean católicos, protestantes o ateos, a todos interesa, a todos les toca algo, todos la comprenden y sacan la misma consecuencia. Es que allí no se ataca al matrimonio o a ciertos matrimonios porque lo dijo Cristo, Mahoma o Lutero, sino que se limita a presentar, con talento, una serie de hechos y de ellos deduce todo el que lee el libro que tal como se educa hoy a ciertas clases, el matrimonio resulta entre ellos una vida de *cerdos* y termina en un disparate cualquiera.

Por estos caminos le aconsejo mi buen deseo que vaya.

Ideas generales en cuyo desarrollo, manera de presentarlas, etc. se puede ser tan original como se quiera las hay a puntapiés.

Las patrias grandes o chicas con todas sus consecuencias. El Militarismo=La Guerra=Las razas=El derecho más o menos bárbaro que informa todos los códigos de Europa=La sociología y derivados=La trata de blancos y blancas=Las religiones en sus mil aspectos como aspiración del hombre ya innata ya adquirida, como necesidad etc., etc. y mil y mil otros asuntos.

Un libro acerca de uno de estos asuntos (o análogos) con puntos de vista nuevos, escrito de tal manera que interese y agrade al mayor número posible de hombres y que al terminar la lectura se *vea precisado el lector a dar la razón al autor*, aun cuando ataque y eche por tierra lo que siempre había considerado (el lector por supuesto) como natural, necesario, cierto, justo o bueno.

En ese libro aconsejaría yo introducir la menor cantidad posible de recuerdos *personales* o *locales*, pocas o ninguna descripción de tipos y lugares que rara vez se ven claros si previamente no se conocen y recargan el libro, nada de dejar *vagar la fantasía*. Conceptos claros, ideas, razonamientos, lenguaje etc., claros también, fuera

paradojas. La verdad o no es *nada* o debe ser de sencilla comprensión. De lo contrario las tres cuartas partes de la Humanidad debemos volver a andar a cuatro patas y procurar que nos vuelva a crecer la cola como según doctores la teníamos antaño. Perdone V. que me haya metido a consejero sin acordarme que aconsejar es a menudo sugerir a otro las propias necesidades.

Y hago aquí punto final advirtiéndole que puede hacer de mis juicios y apreciaciones el caso que merece quien apenas sabe más que dar vueltas al *tanto por cierto* y se mete en camisa de once varas.

En síntesis, puede decirse que a Pedro Jiménez Ilundain le gustaron las *Meditaciones*, le hicieron un gran bien, pero no acabaron de llenarle. Por lo que se refiere a Jaime Brossa, refugiado en Londres, sabemos que éste le escribió una tarjeta el sábado 5 de febrero de 1898 en la que le decía: «Le escribo sólo dos palabras para avisarle que acabo de recibir su manuscrito *El mal del siglo*. No sé quien me lo manda. Sólo sé que viene de París. Pero me apresuro a avisar solo para que sepa que está en mi poder». Como ya indiqué se lo había enviado Pedro Jiménez Ilundain. El 18 ya lo había leído. El 14 de marzo le envía el juicio que le ha merecido:

Me he leído dos veces sus ensayos. Y con qué furia *nos* combate, amigo Unamuno. Soy uno de esos antípodas a los que V. no deja hueso sano. Veo que va acentuándose su obsesión de la muerte. Me lo prueba una vez más su interviu con Martínez Ruiz publicado en *La Campaña*. Su estado de fe no se puede combatir con argumentos. Hay que respetarle, escucharle y admirar la acometividad con que defiende V. su religión. A pesar de lo distanciados que nos hallamos el uno del otro, tengo cierta debilidad por V. y tal vez el único lazo de contacto que en ambos existe es la acometividad. No veo otra semejanza. Yo continuo siendo el andante caballero moderno que lucha entre la acción y la contemplación. Lo activo y medular que hay en mí me hace sentir la tentación de la lucha y en cambio el profundo nihilismo moral que estoy padeciendo me hace ver las consecuencias inútiles del sacrificio por el ideal, y me hace encerrar en mí mismo como el caracol, casando sus bañas chocan con un objeto extraño. Quiero poseer la vida, quiero vivir, quiero luchar, quiero triunfar, y sin embargo, constantemente oigo una voz interior que me dice que todo esto no merece el constante esfuerzo que le consagramos. A veces creo que sólo conocen la Vida los que la poseen y la dirigen, y que los que la contemplan sólo ven, imagen reflejada de ella y otras veces me parecen que los medulares, los congestionados de instinto y voluntad no ven la Vida tal como es, por aquello de que, como dicen en Cataluña, «qui va à la processió no la veu». Este terrible dualismo que está viviendo latentemente en mi alma me priva de hacer producir y prolongar mi personalidad y me tiene en un estancamiento que me desespera.

Esto le dará a comprender mi estado de alma *vis-à-vis* de sus ensayos. Los he leído con interés por ser de V. He admirado sus bellezas literarias (su estilo ha ganado mucho) pero su tendencia, su finalidad, la he recibido con reserva en los labios. El primero y el último han hecho mover al pensador y al artista que dormían en mí. Comprendo el problema de crisis moral que V. presenta en el uno y siento profundamente la poesía e idealidad que forman el *lest motiv* del otro. En cuanto al segundo y al tercero están lejos de mis ideas y gustos y predilecciones. No me gusta la literatura bíblica. Sólo me deleito con *El libro de Job*, el *Cantar de los Cantares*

y el *Eclesiastés*. Respecto al valor literario-intelectual de la Biblia pienso con Strauss. No soy anti-semita pero no me gusta la transfusión del espíritu de juden en la civilización occidental. Tal vez para la inteligencia representa lo mismo que la sífilis para el hombre fisiológicamente considerado. Es una disminución, de fuerza.

Estos días, estando enfermo, he leído el célebre drama-mundo de Ibsen *Emperador y Galileo*. Si no lo ha leído, se lo recomiendo. Describe muy bien la crisis de la época célebre de Julián el Apóstata. Bajo el punto de vista literario y artístico aquel drama no está a la altura de los modernos de su autor, pero es una obra dramática, psicológica y mental que merece ser leída. Leyendo aquel drama en los mismos días en que leía sus ensayos sentí con mucha intensidad el gran problema de la transición de la cultura de la vida resplandeciente en el Luteranismo a la hegemonía interior-moral de la Encarnación cristiana.

He escrito algo sobre esto sugerido por la vida del bate de Marco Aurelio que hay en este Museo Británico, que me ha producido una de las emociones estéticas anti-culturales más fuertes que he sentido en estos últimos tiempos. Mi ensayo se titula el *Busto de Marco Aurelio* y en él expongo mi manera de ver la transición de que le hablo. Es la apología del intelectualismo en frente de la lucha entre la herencia pagana y la concreencia cristiana.

Quisiera tener tiempo para darle cuenta de todas las impresiones por sus ensayos producidas. Como idea general debo decirle que su fe y su dogma están saturados de protestantismo. Veo en V. al siervo de Cristo, al obsesionado por la Cristología pero no veo al católico. Tal vez el porvenir le destine a ser un Tolstoi de Occidente pero su cristianismo no pegan nunca con el catolicismo autóctono de España. El espíritu de Luis de León estaba muy lejos de los creadores de Vírgenes Madres para el mayor número. Otro día continuaré. Dígame si quiere que le mande su manuscrito. Me gustaría que dispusiera V. de él pronto. Uno no sabe nunca qué le puede suceder.

El martes, 29 de marzo vuelve a escribirle a Unamuno: «Hace algunos días le mandé el manuscrito de sus *Estudios evangélicos*. Desearía me acusara su recibo».

Lo que aquí le dice Jaime Brossa a Unamuno debe ser leído, como indicó, con lo que escribiera, el futuro Azorín, J. Martínez Ruiz en «Charivari en casa de Unamuno», publicado en *La Campaña* el 26 de febrero de 1898<sup>15</sup>; texto en el que amplían no pocas de las ideas expuestas por Unamuno en sus *Meditaciones*.

Complemento de todo ello habría que verlo también en la carta que Unamuno le escribiera a Pedro Jiménez Ilundain, el 3 de enero de 1898 —texto del que ya hablé anteriormente—, pero del que tengo que entresacar este otro largo fragmento. Dice en ella:

... Lo que ante todo y sobre todo ansío es libertad, libertad, verdadera libertad. Libertad, que es ser dueño y no esclavo de sí mismo. Libertad, que consiste en ser como sea y no como los demás quieran hacerme. Porque la perdición de todo el que se muestra al público es que en torno a su sujeto íntimo, el que se desarrolla desde dentro a fuera a partir del eterno núcleo, nos forma el mundo otro sujeto

15. *Azorín-Unamuno*. Cartas y escritos complementarios. Introducción, notas de Laureano Robles. Valencia: Generalitat Valenciana, 1990, pp. 43-48.

depositándonos capas de acarreo, un sujeto constituido de fuera a dentro por un caparazón que acaba por enquistar el íntimo. ¡Qué admirablemente describió San Pablo la lucha de estos dos sujetos, de estos dos hombres que llevamos todos! Como el desarrollo de todo esto, y el presentarle el tropel de cosas que en poco tiempo han acudido a mí, me llevaría pliegos y más pliegos, prefiero prestarle los originales (todos inéditos) de mis últimos trabajos, interesándole una la más pronta devolución.

Después de largo reposo he vuelto con más actividad que nunca a mis tareas. Además de esas *Meditaciones evangélicas* preparo una colección de artículos: *Celajes y paisajes*; una refundición y ampliación de ciertas memorias de mi infancia y bachillerato que publiqué en *El Nervión*; la publicación en tomo de mis artículos *En torno al casticismo*; y para más adelante la *Vida del romance castellano* (Ensayo de biología lingüística). Tengo en *El Imparcial* un artículo esperando turno y me han invitado a colaborar en *La Campaña* que va a publicar ahí, en París, Bonafoux.

Recójase usted en sí mismo, cultive el grano de íntima bondad que llevamos todos, si le es posible metase, en la medida de sus fuerzas, en cualquier empresa o instituto benéfico. Procure aliviar dolores ajenos y lea usted con el corazón, una vez y otra, el libro eterno, el Evangelio. Créame que el más gran milagro es llegar a creer en la posibilidad de él, después de haber pasado por el racionalismo agnóstico.

La razón nos da las relaciones de las cosas, su exterior, pero en la esencia íntima, en su espíritu ¿podemos penetrar de otro modo que por el amor? Y el amor es fe. Y la fe es un *hecho*, un verdadero *hecho*, como tal irreductible. Querer racionalizar los hechos es querer demostrar los axiomas, es reducirlos a polvo de hechos y caer en el nihilismo. Un hecho es un axioma en concreto, un axioma un hecho en abstracto. Y la fe es un hecho. ¿Cómo es que los espíritus más lógicos, Stuart Mill, Claudio Bernard, Littré, acabaron en la fe de su infancia? No se ahoga la vida del espíritu con la razón abstracta, porque la vida es esencia, y la razón pura forma.

Tenemos que aprender a ser buenos, sin que baste hacer el bien. De la diferencia entre esto de ser bueno y hacer el bien le escribiría de largo, si no fuese porque lo desenvuelvo en mi *Nicodemo*, que verá usted<sup>16</sup>.

## 2. NEGATIVA DE EDICIÓN

El 25 de marzo de 1898, en una carta que Unamuno escribe a Pedro Jiménez Ilundain, leemos:

Hace tiempo que nada sé de Ud. Quedó Ud. en escribirme cuando me acusó recibo de mis *Meditaciones*, de cuya publicación trato ahora.

De mí ¿qué he de decirle? Preocupaciones de índole más mundana y necesidades de mi familia han encalmado no poco mi estado interior. Esto es una ventaja, porque permite que se forme mi último fondo y que cuaje el fruto de mis últimas experiencias y amarguras protegido, como por una capa, por esas preocupaciones. Como le decía, ando en tratos para publicar la primera serie de mis *Meditaciones* compuesta por las que Ud. ha leído: *El mal del siglo*, *Jesús y la samaritana* y *Nicodemo*. A ésta seguirían otras: *La oración de Dimas*, *S. Pablo en el areópago*, *El reinado social de Jesús*, etc.

16. EA, 45-46., cf. p. 95.

*El reinado social de Jesús* quiero hacerlo con calma, con corazón y con vida. Es su tesis central la de que hay que aplicar a las relaciones entre los pueblos, la misma moral que se preconiza para las relaciones entre los individuos. Es una condena de la guerra y del militarismo y de todos los bárbaros sentimientos que engendra el exclusivismo nacional. Aún no tenemos el cristianismo en la médula, y mientras no se haga espíritu de nuestro espíritu y sustancia de nuestra alma la verdad evangélica, no habrá verdadera paz. El sobrehombre en que soñaba el pobre Nietzsche, el hombre nuevo, no es más que el cristiano, que no está hecho, sino que se está haciendo.

Toda la labor de la civilización es proteger la evolución del alma cristiana, ayudarla a que se vaya desprendiendo de su impura liga pagana, y si no sirve para esto, para nada humano sirve. Los sentimientos de lucha, el heroísmo militar, el patriotismo estrecho, el apego a la tierra, todo ello tiene que desvanecerse en el alma cristiana. El heroísmo cederá a la santidad, a la caridad fraternal el patriotismo.

Como le decía, ando en trato con editores. Además de la primera serie de mis *Meditaciones*, quiero publicar mis cinco ensayos *En torno al casticismo* (publicados en *La España moderna* en 1895), unos *Ensayos sociales*, unos *Cuentos y relatos*, y unas *Memorias de niñez y juventud*, cuya base son unos artículos que publiqué en *El Nervión*<sup>17</sup>.

¿Podemos saber con quién estuvo en tratos? En la carta que escribe a Leopoldo Gutierrez Abascal, 18 de mayo, se dice:

... El curso de los acontecimientos generales, que como a todo el mundo le preocupa, y el curso sobre todo de las circunstancias exteriores de mi vida han provocado una especie de alto o de descanso en el desarrollo íntimo de la vida de mis pensamientos y de mi espíritu. Me embargan desde hace algún tiempo preocupaciones de orden práctico, muy terrenales, pero completamente imprescindibles. Esto me ha traído un bien y es el de gozar de cierto reposo, tomar aliento y convencerme del buen estado de mi salud física. Pero la otra corriente, honda, sigue fluyendo aunque sea por debajo de toda esa otra espuma.

Llevaba una temporada de trabajar poco, aunque pensando sin cesar en las mismas cosas y recogiendo notas, cuando esto de los exámenes me obliga a distraerme con ellos. Así que concluyan y quede la ciudad en paz pienso volver a mi recogimiento y mis trabajos, los que tengo el deber moral de llevar a cabo.

Para publicar nada están todavía los tiempos malos. Un editor de Barcelona, con quien anduve en tratos, me devolvió mis *Meditaciones* diciéndome que hasta que pasen las actuales circunstancias hay que dejarlo en suspenso. No lo he sentido mucho, porque así podré meditar más los asuntos y acabar con calma mis nuevos ensayos, sobre todo el del reinado social de Jesús, para el que todos los días me ofrece sugerencias la guerra actual y el desencadenamiento de instintos belicosos que provoca.

Recientemente no he leído cosa que me haya producido más honda impresión que la *Philosophie de la Religión* de un Sabatier (no el autor de la vida de S. Francisco) profesor de la facultad de Teología protestante de París. Se lo enviaré a usted. Es

17. EA, 47-48, cf. p. 96 n.º 11.

un libro de pensamiento poco original, pero sólido, pero sobre todo de una piedad sincerísima y de un tono moral y religioso muy elevado. Coincido en casi todo con él, sobre todo en pedir fe desligada de creencias. Es verdaderamente evangélico. Cuando el año pasado sufrí de pronto la crisis que usted conoce me encontré abatido y como un naufrago se agarra a una tabla me agarraré a mis recuerdos. Busqué consuelo de cualquier modo, me amparé hasta en supersticiones, y por mucho tiempo creí sinceramente poder volver al catolicismo ortodoxo. Hoy lo dudo. Un amigo mío residente en Londres, que conoce mis últimos trabajos, me dice que huelen a protestante evangélico. Lo que sí es cierto es que empiezo a conocer el espíritu de las confesiones protestantes y de sus últimas consecuencias, y que cada día creo más que hay que buscar el fondo cristiano común a todas las iglesias. Ese fondo cristiano común, sustanciado en nuestra cultura, es la verdadera salud de los individuos y de los pueblos.

Sus aprensiones respecto a la Iglesia católica las encuentro justificadas. Es un compromiso entre el paganismo y el cristianismo, compromiso necesario para traer a los pueblos latinos de aquél a éste. Su ritualismo impone a las masas, pero rutiniza la piedad. Es, además, sobradamente intelectualista; la teología le ha perdido. Su fe la formulan como mera obediencia a la autoridad y como mera adhesión de la razón a principios abstractos y sin raíces hoy en la vida del alma, no es su fe de confianza, de abandono en Dios por el espíritu de Cristo. Los dogmas no dicen nada a la sed de consuelo y de justicia; ignorándolos se puede vivir honda vida religiosa interior.

A pesar de todo creo que se impone respeto a todo eso, pues hay muchas almas que sin ese aparato se hundirían; necesitan de toda esa construcción católica, tan lenta y sabiamente elaborada, para recibir cuanto espíritu evangélico les quepa. Hay muchos que no pueden leer con fruto, a solas, el Evangelio.

Lo peor que tiene la ortodoxia es su intelectualismo. Quieren probar a Dios, y Dios no es racional, sino cordial. Brota del corazón, y el Dios nuestro, el Padre, es una revelación de Cristo. La fe en Dios no precede a la vida religiosa, sino que la sigue. Creo firmemente que todo quien sea serio de verdad, sediento de justicia, de amor y de paz, acaba por ver interiormente a Dios, no llevado por argumentos, sino empujado a Él por el corazón, con necesidad tan grande como la necesidad lógica. Hay axiomas morales de la bondad. No tiene sentido el que el mundo no lo tenga, y no tiene sentido el mundo si no hay otra vida, sea ella como fuese.

Cada día me preocupan más las cuestiones morales, pedagógicas, religiosas, e incluidas en ellas las sociales. No quiero ya salir de este retiro, sino meditarlas y estudiarlas aquí, y con calma, sin impacencias, ir dando el fruto de mi labor, que en tan pequeña parte es mío, ya que yo mismo no soy mío. Hay que ser útil.

Supongo que se le irá curando a usted la aprensión de su inutilidad. Recuerdo a este propósito un soneto de Milton que es lo más hondo de él que conozco, un soneto profundamente religioso.

Está dedicado a su propia ceguera, y traducido dice: «Cuando considero cómo, antes de promediar mi vida, se me ha agotado la luz en este ancho mundo oscuro, y que mantengo inútil aquel talento cuya ocultación es muerte (alude a la parábola de S. Lucas, XIX, 12-28) aunque mi alma se incline a servir con él a mi Hacedor, y considero que al presentar mis cuentas me rehúse, me pregunto ansioso: ¿Exige Dios trabajo, negando la luz? Y la Paciencia, adelantándose a esta murmuración, replica al punto: Dios no necesita ni de obra de hombre, ni de sus propios dones; sirvenle

mejor quienes mejor soportan su dulce yugo; su rango es regio; miles de gentes a su señal se apresuran y corren por tierra y mar sin reposo; *más también le sirven los que no hacen más que estarse y esperar*. Hay que saber esperar, y por mi parte cada día creo más en la eficacia de la labor oscura de los que parecen no hacer nada. Los oscuros son la base de la vida común. Entregado el mundo a los activos sería una ruina. A los ojos de Dios más cuenta el día rutinario de la muchedumbre silenciosa que año espléndido del genio activo. Criar en silencio una familia es la obra más divina en lo humano. Y sobre todo lo que hay que hacer no es sólo cultivar la inteligencia, sino purificar el corazón, porque no los sabios, sino los limpios de corazón verán a Dios, cuya certeza brota de la bondad más que de la ciencia. Nadie sabe cuál es su utilidad y su importancia aquí abajo. Mirando desde alto todos somos igualmente inútiles, puesto junto al infinito todos los números se igualan en cero, más como en todos vive y obra Dios todos somos igualmente útiles, y todos insustituibles. Otro yo no puede darse. Basta de estas cosas...<sup>18</sup>.

España estaba en plena guerra de Cuba y los tiempos no andaban boyantes. Comenzaba a pasar por una grave crisis de regresión económica. Unamuno, en vez de angustiarse ante la negativa que le han dado, lo toma con calma, «Hasta que pasen las actuales circunstancias hay que dejarlo en suspenso», escribe. No lo ha sentido mucho. Podrá así meditar mejor las cosas y escribir con más calma los nuevos ensayos. Pero no lo hará, adelantando ya las cosas. Otros problemas irán surgiendo en su vida y los *nuevos ensayos* quedarán inconclusos, dando paso a escritos distintos. No obstante, no desistirá de poder llevarlo a cabo. El 3 de octubre de 1898 volvía a decirle a Leopoldo Gutierrez Abascal:

Desde que publiqué la novela hasta hoy he ido en ascenso. Pero aún necesito afirmarme más. Y cuando crea ocasión oportuna daré al público las *Meditaciones* que usted ya conoce y otras nuevas. A esos trabajos, en que pongo lo mejor de mi alma, vuelvo con cariño a cada paso, los repaso y vuelvo a repasar. Todo lo demás es preparar mi campaña de predicador, tarea en que quiero entrar cuando esté bien maduro, cuando se hayan sedimentado algo más las turbulencias de mi espíritu, cuando empiece acaso el crepúsculo de mi vida.

Me he dejado arrastrar de la moda de regeneración que después de la derrota ha entrado aquí, pero ¡sí viese usted qué poca fe tengo en ellos! El pueblo no hace caso, porque no ve que necesite regenerarse. ¿De qué? La cuestión suma es de felicidad, y ¿es más feliz el obrero de Nueva York que el labriego de Villaescusa? Consuelo para la vida, calma y paz es lo que hace falta. Todo lo demás suele resolverse en el idólatrico culto que los intelectuales profesamos al Progreso. En mis cuadernillos habrá visto lo que del progreso siento, sentimientos que tras breve eclipse reaparecen. Algún día publicaré un ensayo titulado «Palinodia» o «La vida es sueño» tratando esto. Pero deseo recogerme, hacer obra de buena fe y de sinceridad, escribir todo eso con unción y corazón limpio. Y que no son tales proyectos

18. *Cartas íntimas*, pp. 92-95.

meros propósitos lo verá si le digo que tengo redactados ya los más de esos trabajos. ¡Ah! ¡Si tuviese fuerzas para echarme a predicar así de palabra, en reuniones! De todos modos la pluma puede ser un instrumento santo.

Las noticias que me da de los amigos de ésa me apenan. ¡Es tan triste ver que se hunde en la escombrera de los recuerdos aquella reunión de franqueza!

Cuanto dice usted de Annunzio es exacto, pero hay que atacar al mal de raíz, y es un mal muy hondo, mal de escepticismo, de indiferencia, de dureza de corazón.

Estoy esperando a que Villegas me devuelva la «Philosophie de la Religión» de Sabatier (no el de la Vida de S. Francisco, sino otro) para enviárselo. Es un libro íntimo, de verdadera piedad, en que el sentido cristiano se concilia con las irresistibles necesidades lógicas de la razón, en que se convierte la duda en esperanza. Es un contrasentido y una imposibilidad afirmar redondamente que nos aniquilemos al morir y la duda que queda abierta *debe* convertirse en esperanza. Este deber moral engendra fe y la fe certeza de un orden que no es lógico.

Quisiera poder tener un fanatismo cualquiera, un entusiasmo loco, una abnegación ciega por alguna obra, pero me siento mucho a mí mismo, se me presenta con mucha fuerza el problema del destino individual y me domina por completo. El espíritu de Tolstói, v. gr. me seduce en mucho, pero ese eslavo tiene mucho de budista, se resigna a desaparecer. Hasta hoy el estado de alma que he encontrado más análogo al mío es el de ciertos puritanos y cuáqueros anglosajones (Carlyle y otros) dominados por subjetivismo religioso y para quienes todo se engloba en el tremendo problema del porvenir del individuo. Mi socialismo mismo, cobra cada día más raíces en el individualismo religioso. Y lo que me sacude todo son los *Pensamientos* de Pascal, de aquel pobre espíritu martirizado por la obsesión de su destino. Yo no sé qué va a ser el día en que vea morir a alguno de mi familia, pero presumo que será la chispa que haga estallar tanta cosa como se me va acumulando. Hasta hoy la desgracia exterior apenas me ha visitado, he sido mimado por la fortuna, y tal vez esto me perjudique. Momentos hay en que pido a Dios dolores grandes, vivos, punzantes, dolores que acaben de purificarme y de asentar mis inquietudes, que coronen la evolución de mi alma. Me asusta la calma en que vivo, esta monotonía gris en que van transcurriendo mis días, el mismo apego que voy tomando a este viejo ciudadón.

Y a todo esto ¿cuánto me refrescaría el poder ver a usted, ya que no nos hemos visto desde que de veras nos conocemos?

En fin, voy al fin de mis días haciendo todo lo que puedo, dando lo que recibo, buscando con ansia consuelo para si luego puedo consolar a otros, dejándome vivir. De todo lo demás Dios dirá; hay que ponerse en sus manos. Busco la verdad y el bien, si no quiere dárme los me tendrá en cuenta esa busca. Esta misma inquietud me hará mirar tranquilo el porvenir. Es una fuente muy copiosa de fe y de consuelo el cumplir el deber íntimo<sup>19</sup>.

Cuanto le escribe a Leopoldo está lleno de datos autobiográficos. Sus cartas son su mejor biografía. En ellas está reflejada toda su vida. Advuértase aquí, no obstante, cómo muchas de las ideas que le da a Leopoldo, fueron dadas con anterioridad a

19. Ídem., pp. 102-103.



Unamuno por Jaime Brossa o Pedro Jiménez Ilundain. La correspondencia cruzada entre ellos es clave para muchas de las cosas que aquí se dicen.

A finales de diciembre de 1898, Unamuno le diría aún a Juan Arzadun: «Tengo empeño en publicar, mis *Meditaciones evangélicas*, el libro *Niño memorias de infancia* en forma semi-novelesca, *Celajes y paisajes*, en que incluiré lo más de lo que he publicado en los *Ecós literarios*, de Bilbao»<sup>20</sup>.

Y en la carta que le escriba a Pedro Jiménez Ilundain, el 16 de agosto de 1899, podemos leer:

Este año es el que mejor se me presenta. Parece ser el de la siega, después de años de siembra. En el aspecto económico luego de un año fatalísimo, como me fue el pasado, es éste de reposición. He logrado desembarazarme de mis atrasos y solventar mi deuda, que la tenía unificada en un pariente. El sueldo (unos mil reales con descuento) no me basta. Y hasta este año ha sido poco lo que la pluma me ha dado. Ahora empieza. Y es aún más lo que me promete.

Estoy, en efecto, bastante satisfecho de mi carrera. Desde que publiqué mi novela (cuando apenas era conocido fuera de mi país) mi firma ha ido en aumento. Hoy creo haberla asentado, y con la colaboración asidua (me lo han prometido) en *El Imparcial* y *La Ilustración Española y Americana* la asentaré aún más.

Y lo que sobre todo me va bien es lo que yo llamo mi conquista de América. Casi todos mis últimos artículos se han reproducido en América, se citan frases o conceptos míos allí y apenas pasa correo sin que reciba algún libro o folleto que su autor me envía. Me han pedido ya un trabajo para el Almanaque que anualmente publica la casa Peuser, de Buenos Aires, y por cierto me lo pagaron, por su representante en Madrid, a tocateja.

Todo esto me anima a trabajar. Porque así como dicen que el sacerdote vive del altar, de la pluma vivimos nosotros. Y mi mayor deseo es que el éxito de mi labor y la difusión de mi firma me permita publicar pronto los cinco o seis volúmenes que tengo dispuestos, aunque luego no me rinda beneficios pecuniarios. En los trabajos algo extensos, que guardo inéditos en su mayoría, en mis *Meditaciones* (el *Nicodemo* ante todo), es donde he puesto más de mi alma. No mi cerebro sólo, sino mi corazón. En ellos he pensado integralmente, con alma y cuerpo y sangre y meollo, no sólo con el cerebro<sup>21</sup>.

No quisiera cerrar estas notas sin recordar también lo que Unamuno escribiera a su amigo granadino, Ángel Ganivet, el 14 de octubre de 1898. Le dice en ella:

Yo escribo más que publico porque aquí hay crisis grave en librería como en todo, y estoy bajo el peso de graves preocupaciones de familia (tengo cuatro hijos y pico, y uno de ellos, el tercero, hidrocefalo; en cambio, los otros tres hermosísimos). En el próximo número de «La España Moderna» verá usted un trabajo mío: *La vida es sueño (Reflexiones sobre la regeneración de España)* francamente antiprogresista. Me ha salido de dentro y expresa mi honda convicción. Si se fijan en él van a decir

20. EA, 51.

21. EA, 69.

que soy un misántropo, un reaccionario, etc., etc. Ya lo verán cuando publique mis *Meditaciones evangélicas*, en que trabajo con todo cariño»<sup>22</sup>.

Hoy por hoy son todos los datos que he podido reunir, para concretar las fechas de composición de los textos unamunianos, relacionados con las *Meditaciones evangélicas*.

Por lo que se refiere, en concreto, a la edición de las mismas, tengo que decir que, por aquel entonces, no era Unamuno un autor ya consagrado al que se atrevieran a negarle algo. Más bien era un autor novel que intenta abrirse paso en la jungla de las letras. Su primera obra, *Paz en la Guerra*, no estaba siendo acogida con demasiada euforia.

El mundo de las editoriales venía girando entorno a Madrid y Barcelona como únicos centros del poder cultural. Lo mismo que hoy. Es lógico que Unamuno buscara allí la posible edición de su texto.

En efecto. Rastreando en su rico archivo encuentro estos datos: en Barcelona tiene una serie de amigos. Viene escribiendo con cierta regularidad en la prensa liberal, republicana y anarquizante. Desde allí le escribe Bernardo Rodríguez Serra el 26 de septiembre de 1897: «Me voy a Madrid ¿por qué no reúne en un folleto sus artículos *En torno al casticismo*?»<sup>23</sup>. El 12 de enero de 1898 vuelve a hacerlo desde Madrid: «Por fin estoy aquí». El 25 del mismo mes —contestando a otra que Unamuno le ha escrito el 14, y que no conocemos— le dice: «Del editor Gili i Roig soy amigo. Si V. me autoriza le hablaré algo de sus *Meditaciones evangélicas* que quizá le editaría y pagaría regular. Creo le conviene a V».

Unamuno tuvo que hablarle de ellas en otra carta, que tampoco conocemos, y a la que le contesta el 7 de marzo: «A Gili i Roig le escribí respecto sus libros no creo tarde en tener contestación y le diré lo que me diga, sea lo que sea». El 14 de marzo vuelve a decir a Unamuno: «He ahí lo que me contesta Gili respecto su asunto: “Autorizo a V. para que escriba a Dn. Miguel de Unamuno para que envíe los manuscritos que tenga —sin compromiso— y veré si hay algo que me convenga para mi biblioteca o para publicar fuera de ella”. Gili, Juan, vive Cortes 223-Barcelona. Ya lo sabe V. y puede escribirle».

Unamuno les envió, en efecto, a los hermanos Juan y Gustavo Gili Roig el texto de las *Meditaciones*; quienes, contestándole a la carta que les escribiera el 26 de marzo —carta que tampoco conocemos— le dicen: «Con su atenta del 26 he recibido los varios artículos manuscritos que V. indica, agradeciendo a V. la deferencia con que me honra al dirigirse a esta su casa»<sup>24</sup>. El 23 de abril será Gustavo Gili quien lo diga a Unamuno:

22. Cf. Laureano ROBLES, Dos valencianos se interesan por Ganivet, en *Papeles del Novelty*, Salamanca, n.º 5, 2001, 109-114.

23. Salamanca, CMU, R. 3, 124-129.

24. Salamanca, CMU, G. 3, 64.

Aunque me sería muy grato y honroso publicar en mi biblioteca o fuera de ella algún tomo de V. empezaré por decirle francamente que por ahora no puedo aceptar ninguna de sus amables ofertas. Los sucesos políticos se han precipitado de tal manera que han paralizado en términos graves el negocio editorial y en estas circunstancias no sería prudente por mi parte contraer compromisos; hay que estar a la expectativa y esperar la solución del conflicto...

Cuando el problema de la guerra se haya despejado, podremos nuevamente, si V. lo desea todavía, tratar de asuntos editoriales.

Por este correo devuelvo en paquete certificado los originales de V. junto con una docena de catálogos que le ruego distribuya entre sus amigos de esa.

El 3 de abril le había escrito a Unamuno, Rodríguez Serra: «Ya me dirá lo que le contesta Gili. Yo le he vuelto a escribir, recomendándole mucho sus trabajos». Éste, enterado sin duda de la respuesta negativa que le diera Gustavo Gili, volverá a escribir a Unamuno el 30 de abril: «No creo que haya ningún editor que en estas circunstancias se anime a editar nada».

El propio Rodríguez Serra se había trasladado a Madrid con el propósito de montar una imprenta en la capital y, desde ella, lanzarse luego a la edición de textos. Pero la crisis económica de la guerra de Cuba le hizo desistir, por el momento, de la idea, refugiándose en la dirección del *Madrid Cómico*, en el que comenzará a colaborar también Unamuno.

Desde entonces el texto ha permanecido inédito. Unamuno desistió de publicarlo, y no parece que insistiera en ello; aunque no perdió la esperanza de hacerlo algún día, como ya indiqué más arriba.

### 3. ESTRUCTURA, FUENTES Y CONTENIDO

Quien estudie un texto de Unamuno tendrá que situarlo cronológicamente, para luego encuadrarlo en su contexto. Sus ideas van adquiriendo forma y repitiéndose en los diversos textos que escribe por los mismos días. Unas veces se repiten. Quien escribe mucho se repite mucho, acuñó él mismo. Otras, van adquiriendo matices distintos.

En este caso, *El mal del siglo* viene a continuación del *Nuevo Mundo* y es la antesala del *Diario Intimo*. Muchas de sus ideas las encontramos también en éste; si es que no las toma, en ocasiones, de lo que allí dejó escrito.

Una vez más tengo que decir que estamos ante un texto autobiográfico. La Crisis del 97 supuso en Unamuno la superación de su etapa progresista, en el sentido *positivista* y *materialista* del término. Hubo en Unamuno un periodo en el que creyó en los datos que las ciencias empíricas probaban. Más allá de ello no había nada. *El mal del siglo* quiere ser una síntesis de las principales tendencias y sistemas que se dieron a lo largo del siglo XIX; síntesis que nos va a hacer a partir de un examen de conciencia de sí mismo.

En marzo de 1897 Unamuno había sufrido una grave crisis de conciencia, como ya se ha dicho. En *El mal del siglo*, leemos: «Háblase de crisis moral, de retorno al espiritualismo, de reacción. Es, en realidad, la vuelta a la pavorosa visión del destino individual ultraterreno, una vez pasado ya el colmo de la embriaguez progresista». No se trata, como han querido algunos, de una vuelta a la fe perdida de la infancia, al seno de la Iglesia.

Muchos de los que pasaron por aquella etapa de *positivismo agnóstico* habían sido educados en la fe cristiana; quienes, «por debajo de sus negaciones y abstenciones mentales llevaban, cual fondo vivificante, la velada energía de la fe que abandonaron», convencidos en «esclavos de la lógica racionalista como Stuart Mill, Claudio Bernard y Littré». Al llegar aquí viene a decirnos: puede un cristiano hacerse intelectualmente un agnóstico, «pero no puede subsistir moralmente un hombre moderno educado en el agnosticismo». Y en el texto añade: «Aunque la razón se haya hecho atea, el corazón ha seguido siendo cristiano, y del corazón rebrota la fe».

El corazón de Unamuno se ha hecho cristiano: la razón deísta acaba por anegar a Dios en el mundo y disolverlo. A Dios no se prueba ni se puede probar, se le siente. Dios no es racional, es cordial escribe en una larga nota añadida<sup>25</sup>. Tal será, de por vida, su pensamiento último.

El avance del progreso del siglo XIX trajo consigo la embriaguez *progresista*, que enajenó los espíritus, llevándolos a olvidar su *propio progreso personal*. De aquí se formó el culto idolátrico al progreso, a la idolatría abstracta, cuyos mejores representantes pueden ser Max Stirner<sup>26</sup> y Schopenhauer<sup>27</sup>.

En el *Nuevo Mundo* encontramos un texto nuevo en las *addenda*, donde escribe: «Cuanto más personal uno más hombre, cuanto más unamunizado yo más humanizado. No por exclusión, por inclusión»<sup>28</sup>. Es un texto que le viene de la lectura de Max Stirner, al que también cita en el *Diario íntimo*<sup>29</sup>.

Por lo que se refiere a Schopenhauer, dirá en el *Diario*: «¡Altruismo! ¡altruismo! El altruismo lógico es el de Schopenhauer, predicar el suicidio cósmico o colectivo» (823). En *El mal del siglo*: «siguiendo por este camino se ha llegado a predicar el suicidio universal, el anonadamiento, y ha aparecido con carácter social el nihilismo teórico».

25. Laureano ROBLES, Unamuno y las pruebas de la existencia de Dios: «Carta a Juan Solís» (Un texto inédito), en *Religiosidad popular en España*, San Lorenzo del Escorial, 1997, II, 1003-1034; Unamuno y la pruebas de la existencia de Dios (Un texto inédito), en *Limbo* (Oviedo), n.º 8, 1999, 1-13, 15-23.

26. MAX STIRNER (Gaspar Schmidt), *Der einzige und sein eigentum*, Leipzig: Berlag von Philipp Reclam iun, s. f. 429 pp. (Salamanca, U-4501; ejemplar anotado a lápiz por Unamuno). Unamuno escribió sobre esta obra: La crueldad-disciplinada, en *La Nación* (Buenos Aires), 24-VI-1917; E-IX,1475.

27. Téngase en cuenta la traducción que de él hizo el propio Unamuno.

28. *Nuevo Mundo*, p. 88.

29. E-VIII, 823.

El recuerdo de los amigos que se han suicidado le viene a la memoria: Antero de Quental, Soler y Miquel y un largo etc. En cierto sentido el tema del suicidio estuvo continuamente presente en él<sup>30</sup> y con él lo estará también el de la muerte. «La muerte! he aquí la clave de todo. O al morir dejamos de ser aniquilándonos la conciencia individual, o no. “Ser o no ser”, éste es el problema, repite el moderno...», leemos en *El mal del siglo*. En el *Diario*: «Si la nada me aterra he de aprender a conocer mi propia nada para aterrarme de mí mismo, y ponerme a labrar en mí el hombre nuevo, el de la gracia, el del ser» (817), escribe citando al P. Denifle. Y más adelante: «Es inútil darle vueltas; si creemos que volvemos a la nada y que los demás también vuelven a ella ese pelear por la redención de los demás es una triste tarea, es una obra de muerte» (824).

El tema de la muerte está continuamente presente en el *Diario*<sup>31</sup>. Mención especial cabe señalar la que nos da en el largo texto «De la muerte» (806-7). En *El mal del siglo* se lee: «¿Que la muerte no es para la sociedad más que un accidente? ¿Que si yo muero quedan otros? Sí, otros que morirán a su vez, y si todos morimos del todo no es el género humano más que una sombría procesión de fantasmas que salen de la nada para volver a ella. Nos vamos habituando a no sentir la muerte, sino a verla en demografías o tablas de mortalidad, a calcular el hueco que dejará al morir el prójimo en el escalafón de los comensales a la vida. Se hace la muerte un dato estadístico, un factor irracional, una X, y raro es quien siente respecto a su muerte hacia adentro». Tal vez, cuando escribiera luego sobre el libro de César Silió, *Problemas del día*, le viniera a la memoria todo ello<sup>32</sup>, en especial lo que había escrito en el *Diario*: «Ese yo que el mundo me ha dado perecerá al consumirse las mentes en que vive, apenas quedaría de él más que un nombre. ¿Cómo viviendo con ese yo, no iba a temblar ante la nada?» (822).

Los textos pueden multiplicarse por doquier. Son abundantes y en ocasiones excesivos y reiterativos. Unamuno vivió obsesionado ante el tema de la muerte, si es que no hizo de ella un recurso literario. No estaría de más que el lector, no obstante, lo relacionara con el diálogo intelectual que mantuvo con Ortega y Gasset<sup>33</sup>.

Muerte y nada son temas que a Unamuno le llevan a relacionar con el del infierno. «Por el infierno empecé a rebelarme contra la fe, lo primero que deseché de mí fue la fe en el infierno, como un absurdo moral» (793), escribe en el *Diario*.

«Mi temor ha sido el aniquilamiento, la anulación, la nada más allá de la tumba. ¿Para qué más infierno?, me decía. Y esa idea me atormentaba. En el infierno —me decía— se sufre, pero se vive y el caso es vivir, ser, aunque sea sufriendo...» (793).

30. E-VIII, 779, 783, 785, 786, 788, 789, 791, 796, 798, 803, 807, 808, 810, 813, 819, 824. Del suicidio en España, en *La Nación* (Buenos Aires), 24-VII-1913 (I); E-VII, 523; (II), 30-VII-13; E-VII, 528; El suicidio en España, en *España* (Madrid), 6-II-1919.

31. Cf. nota 30.

32. De población, en *El Correo* (Valencia), 21-III-1900.

33. Cf. *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, Edición de Laureano Robles, Madrid: El Arquero, 1987, pp. 100-103. Carta de Unamuno a Ortega, 2-IX-1911.

En el *Nuevo Mundo*: «Y muy luego empezó a examinar los dogmas. El del infierno se le rebeló el primero, no comprendía que se midiera la magnitud del pecado por la infinitud de Dios ofendido y no por la insignificancia del pecado»<sup>34</sup>. Muerte, infierno y nada son temas que en Unamuno van siempre unidos y que constantemente le vienen a la memoria. «Yoismo y nihilismo son cosas que acaban por identificarse», escribe en el *Diario* (800). Nuevo tema, el del «yo», tan presente también en los escritos unamunianos. En *El mal del siglo* nos dice: «Desilusionados muchos del socialismo materialista refúgíanse en un individualismo trascendente, con su libertad abstracta, en las doctrinas de Max Stirner o de Nietzsche». Y mas adelante: «Nietzsche representa la profunda irreligión». En el *Diario*: «El sobre-hombre, *Uebermensch*. Es el cristiano. “Sed perfectos como vuestro Padre celestial”. El pobre inventor de eso del sobre-hombre está idiota, nuevo Nabucodonosor. El naturalismo acaba por, el endiosamiento, por el único Max Stirner, el sobre-hombre de Nietzsche, acaba en el nihilismo. Yoismo y nihilismo son cosas, que acaban por identificarse» (800).

En breve aparecerá un estudio mío sobre el influjo de Nietzsche en Unamuno, uno de los autores más leído, —traducido incluso—, y que más huellas ha dejado en él.

Otro de los temas que Unamuno aborda en *El mal del siglo* será el *esteticismo*, del que saldría —según Unamuno— el neo-misticismo. En el *Diario*, leemos: tuve en mi cuarto de estudio los retratos de Spencer y Homero, «hechos por, mí», «Quintaesencia del vano espíritu pagano, del estéril esteticismo, que mata toda sustancia espiritual y toda belleza» (779). «El literatismo y el esteticismo mismo, son flor venenosa del espíritu pagano» (818). Texto que hemos de leer con lo que escribe en *El mal del siglo*: «Otros, en fin, se hacen idólatras de la belleza...» (p. 22).

A partir de la fecha, en la que compone *El mal del siglo*, Unamuno se ocupará preferentemente de la estética literaria, de poner en evidencia las diferencias entre *viejos y jóvenes*<sup>35</sup>. Le va a dar la manía de convertirse en director espiritual de la juventud; de suplantar a Clarín en el campo literario, para convertirse en el padre que les abre a los jóvenes las puertas de los cenáculos literarios.

El esteticismo moderno no es sino una nueva forma del viejo epicureísmo. «Como en la decadencia romana...» (p. 24). Leemos en el *Diario*: «Pocos períodos históricos más instructivos que el de la decadencia latina...» (824). Y más adelante: «Epicúreos y estoicos se confunden, después de todo, en el culto de sí mismos...» (855).

Al final del camino, el progreso termina en pura vanidad si al hombre no le queda una esperanza en el más allá. «Es pura vanidad de vanidades el progreso si no cabe que cada hombre venza a su propia muerte...» (p. 825). «El fin de la ciencia humana es el salmódico ¡vanidad de vanidades! Estribillo eterno de la filosofía» (p. 11), había escrito poco antes.

34. *Nuevo Mundo*, p. 51, p. 79.

35. Véanse las cartas a Leopoldo Palacios, 29-II-1898; a Emilio F. Vaamonde, 9-IV-1898; Juventud intelectual española, E-I, 989; No hay juventud, 5-VIII-1899; Contra los jóvenes, 3-IV-1900.

¡Todo es relativo!, exclamarán otros. Dos son los problemas radicales que surgen a finales del siglo XIX: el de la vida temporal y el de la eterna; el económico y el religioso, goznes de la historia humana. Eterno círculo el de vivir para trabajar o trabajar para vivir; producir para consumir, consumir para producir. Y más allá de ello, la pregunta ¿qué es la verdad?; pregunta que nos lleva al problema religioso (p. 27). En el *Diario* se había hecho la misma pregunta: *Quid est veritas?* (793). Años más tarde escribirá para Lázaro Galdiano, en *La España Moderna*, un largo ensayo que lleva este mismo título «¿Qué es verdad?»<sup>36</sup>.

«Buscando el reino de Dios y su justicia se nos dará lo demás de añadidura», terminará escribiendo al final de *El mal del siglo*: «*Adveniat regnum tuum*», leemos en el *Diario* (793).

Quien lea despacio el texto que hoy se publica verá que todo él rezuma ideas y pensamientos en sintonía con el *Diario íntimo*. Mucho de lo que en él escribe es contemporáneo de lo que allí nos dice.

#### 4. MANUSCRITO DEL TEXTO

El manuscrito del texto de Unamuno, que viajó de Salamanca a Barcelona, París y Londres, terminó olvidado entre los miles de papeles que guardó en su desordenado archivo.

Hoy lo hallamos en la caja 9/9; anteriormente bajo la signatura 111/218. Lo componen 29 hojitas, de 13 líneas la hoja y de un tamaño de 110x162 mm. Cuando yo lo vi por primera vez le faltaban las hojas 9 a 12; hojas que localicé, en otro de sus escritos, *Jesús y la Samaritana*, hoy en la caja 2/6, antes en 111/323. Al darme cuenta de ello aquellas 4 hojitas pasaron a incorporarse al lugar que les corresponde. Era el 14 de agosto de 1992. Desde entonces a hoy se ha extraviado, perdido o desaparecido la última hoja, la 29. Gracias a la fotocopia que entonces hice, hoy pueden los lectores que acuden al archivo de Unamuno disponer del texto completo. Lo digo para que quede constancia y lo sepan los investigadores.

En la edición que aquí se hace, puede observarse en las notas los tachones y la sustitución de palabras que Unamuno hizo. En ocasiones añadió también algún texto nuevo, en el reverso de las hojitas, como en las h. 7v, 11v, 16v, 18v, 22v, 26v y 29v. En la edición aparecen bajo el signo // . La h. 9 aparece con dos rayas verticales, como si Unamuno hubiera pensado en tacharlas, sustituyendo tal vez el texto por otro nuevo. Otro tanto vuelve a hacer en las h. 13 y 14 desde «Es bueno, lector» hasta «Los últimos días de mi vida».

En general, puedo decir que Unamuno escribió el texto —tal vez de una sentada—, con esa letra preciosa y clara que tenía; para que cualquier linotipista pudiera pasarlo sin dificultad a la imprenta.

No estoy seguro que las notas o textos que vemos en el reverso de las hojitas

36. 1-III-1906; E-III, 854.

no sean textos que Unamuno fuera añadiendo con posterioridad a la composición del autógrafo. Lo digo a tenor de la nota de la h. 11v («Véase la carta de Jorba, el fin de Soler y Miquel»).

En efecto, la carta a la que Unamuno remite, es a la que le escribiera el catalán Joan Pérez Jorba (67), escrita en Barcelona el 21 de abril de 1898; siete meses después de haber escrito Unamuno *El mal del siglo*. En dicha carta le da noticias del suicidio del joven escritor catalán, José Soler y Miquel, que tuvo lugar la noche del 20 de mayo de 1897, a los 35 años<sup>38</sup>. Había nacido en Borges Blanques de Urgell, Garrigues, en julio de 1861. Joan Maragall, a raíz de su muerte, recopiló sus escritos dispersos; entre los que encontramos uno dedicado al propio Unamuno<sup>39</sup>. Sentía, le dice Pérez Jorba a Unamuno en la carta que le escribiera, una aprensión espantosa a la muerte; era un suplicio físico y moral lo que sentía por ella. Se pegó el tiro en el corazón, por ser éste el que más le hacía sufrir.

37. Salamanca, CMU, P. 2, 61. Joan Pérez Jorba había nacido en Barcelona en 1878; murió en Francia en 1928. Pertenece al grupo anarquizante catalán de *La Revista Blanca*, *La Publicidad*, *L'Avenc*. Bernardo Rodríguez Serra le dice a Unamuno (30-IV-1898) que es un inconsciente; un joven sin experiencia, iluso y sin formar.

38. Salamanca, CMU, S.4,74.

39. *Escritos de José Soler y Miquel*. Barcelona, Tip. L'Avanc de Massó Casas & Elías, 1898, X-234 pp. (Salamanca, CMU, U-2583), pp. 73-77: Miguel de Unamuno. La obra fue recopilada por Joan Maragall, y obsequiada a Unamuno por Joan Pérez Jorba.



## EL MAL DEL SIGLO

Sentido desde cierto punto de sentimiento pocos ocasos más tristes que el de este nuestro siglo, en que a los espíritus cultos desorientados sumergen en la tristeza de su cultura misma una gran fatiga, la fatiga del racionalismo<sup>1</sup>. Por<sup>2</sup> donde quiera síntomas de descomposición espiritual y ruinas de ideas, ya muertas, ya abortadas. Pero<sup>3</sup> de las entrañas mismas de este desencanto brotan esperanzas, y a fijarnos bien, aparécenos el tal ocaso cual si fuese una aurora. Aparente atonía tapa un vivo hervor íntimo, así como el [2] desvío que gran parte de la juventud muestra hacia los llamados por antonomasia *intereses generales* y su apartamiento de la ostensible vida pública puede ocultar tal vez una profunda obsesión por los eternos intereses individuales, que siendo de cada uno de los hombres, resultan al cabo los más universales de todos los intereses humanos. Hay, acaso, en esta actitud de los jóvenes mucho de compás de espera, de examen de conciencia y de recolección de fuerzas. Mas el hecho social es<sup>4</sup> el de que una enervadora fatiga paraliza a los espíritus en su movimiento expansivo, tirándolos a reposo, y el de que parece preludiarse a las veces [3] un sueño social tan reparador acaso y tan fecundo como lo fuera el de la edad media, el de aquella recogida edad de<sup>5</sup> pueblos crisálidas en que una tan intensa vida doméstica y religiosa rehizo las almas destrozadas por la íntima desesperación de la decadencia romana.

Háblase de crisis moral, de<sup>6</sup> retorno al espiritualismo, de reacción. Es, en realidad, la vuelta a la pavorosa visión del destino individual ultraterreno, una vez pasado ya el colmo de la embriaguez progresista. Presenciamos la vuelta de los espíritus a su hogar, a su patria tradicional. Es un acto más de la perdurable lucha entre el humano paganismo y el cris-[4]tianismo divino. Y es<sup>7</sup> de veras una prenda de confianza y de consuelo esta vuelta de los espíritus a la realidad de su<sup>8</sup> hogar,

1. «intelectualista» t.
2. «todas p» t.
3. «del seno mis» t.
4. «que» t.
5. «sociedades» t.
6. «resuera» t.
7. «á la» t.
8. «patria» t.

desengañados de los espejismos del desierto por donde peregrinaban desterrados voluntarios como hijos pródigos. ¡Quiera Dios que con ella venga un retoñar de la vida doméstica privada y de la vida doméstica pública, que es la religiosa, y una honda preocupación por la<sup>9</sup> incesante renovación del hombre interior!

Hablan muchos de la ola de la reacción más o menos negra; otros, de retroceso; algunos, de los *ricorsi* o remolinos del progreso, no pocos del ritmo de éste. Denomínese el<sup>10</sup> hecho [5] con<sup>11</sup> el mote que se quiera<sup>12</sup> creo que es sencillísimo. Las generaciones que<sup>13</sup> pregonaron y arraigaron en las almas el positivismo agnóstico han sido generaciones educadas en fe<sup>14</sup> cristiana y por debajo de sus negaciones y abstenciones mentales llevaban cual fondo vivificante la velada energía de la fe que abandonaron. En sus propias negaciones<sup>15</sup> palpataba fe en lo negado mismo aquella fe a que en el ocaso de sus vidas volvieron agnósticos tan rigurosos y esclavos de la lógica racionalista como Stuart Mill, Claudio Bernard y Littré. Pero hoy llegan a vida social generaciones educadas en agnosticismo y éstas, las que han re-[6]cibido como legado abstenciones y negaciones sienten sed del manantial oculto en las almas de sus educadores y que éstos les celaron, y piden beber de él. Y es que puede un cristiano hacerse intelectualmente agnóstico, pero no puede subsistir moralmente un hombre moderno educado en el agnosticismo. Entre los ídolos a que rinde culto la juventud moderna desorientada ha alzado un altar vacío al Dios desconocido, al Inconocible, al Misterio, y oye ya resonar en sus oídos la voz de Apóstol que le dice: «A aquel, pues, a quien honráis sin conocerle, a ese os anuncio» (*Hechos de los Apóstoles* [7] XVII, 23) (*vuelta*)<sup>16</sup>.

[Aunque la razón se haya hecho atea, el corazón ha seguido siendo cristiano, y del corazón rebrota la fe. Más se debe esperar de un alma cristiana arrastrada al ateísmo que de un deísta descristianizado. Por Cristo, por el Cristo oculto en las almas, se sube a Dios Padre, al Dios vivo del Amor, pero del Dios abstracto y lógico del intelectualismo de la Razón Suprema, no sé que no es sino la mera razón humana proyectada al infinito, no se saca vida, paz ni justicia. Sólo conoce al Padre el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo revele. El corazón cristiano nos manifiesta al Dios Padre, al Dios personal y vivo al Dios que es Amor y Amor paternal en cuya fe reposamos y nos vivificamos; la razón deísta acaba por anegar a Dios en el mundo y disolverlo. A Dios no se prueba ni se puede probar, se le siente. Dios no es racional, es cordial.]

9. «reforma del hombre interno» t.
10. «fenómeno» t.
11. «que» t.
12. «es sencillo» t.
13. «predicar» t.
14. «espirituales» t.
15. «mismas» t.
16. A continuación viene la nota que Unamuno escribe detrás de esta cuartilla.

El avance de progreso de nuestro siglo trajo consigo la embriaguez progresista, embriaguez que enajenó los espíritus llevándolos a olvidar su propio progreso personal, distraídos como andaban con el del ambiente en que vivían. Formose un culto idolátrico al progreso, cuya realidad se conceptualizó, y un aún más idolátrico culto a la humanidad abstracta, culto que amenazaba diluir el sencillo y cristiano «ama a tu prójimo». Pero he aquí que una legión de pensadores y de sentidores, apartando sus ojos de la fantasmagoría para volverlos a la realidad [8] íntima, ha destruido la ilusión que hizo nacer el poderoso florecimiento de adelantos y ha<sup>17</sup> desvanecido el optimismo racionalista. Los ídolos, los *spuks* o tragos que decía el demoleador Max Stirner (1), caen a los golpes de<sup>18</sup> críticos despiadados. «El mundo es mi representación»; este apotegma schopenhaueriano ha obrado inmenso efecto. Representación mía es el progreso todo, representación de mi mente todo lo que el agnosticismo puede darme, mero fantasma que se disipará al cerrar yo mis ojos para siempre. Siguiendo por este camino se ha llegado a predicar el suicidio uni-[9]versal, el anonadamiento, y ha aparecido con carácter social el nihilismo teórico. Muerto yo, si del todo me muero —se dicen muchos— se acabó el mundo ¿por qué no ha de acabarse cuanto antes para que nuevas conciencias no vengan a sufrir la pesada broma de una existencia fenoménica y pasajera? Si hemos deshecho la ilusión del vivir y el vivir por el vivir mismo no nos<sup>19</sup> satisface ¿para qué vivimos? La muerte es el único remedio». Y así es como se ha endechado al reposo inacabable por terror a él, y se ha llamado a la muerte como a liberadora ya que vivimos para volver a la nada. Los tragos a-[10]margos apurarlos pronto y de una vez; ¡volvamos cuanto antes a la nada! Y así es como ha habido suicidios por terror a la muerte, de la misma manera que el miedo cerval a caerse de lo alto de una torre produce el vértigo que impulsa a desgraciados a arrojarlos de ella. ¡Qué elocuente es el suicidio del poeta nihilista Antero de Quental (2) cantor de la muerte eterna y de la vanidad y humo del todo! ¡Qué enseñanzas tan amargas en la obra del pobre Leopardi (3), empapado en la enorme *noja*, en el fastidio inmenso del nihilismo y pidiendo el aniquilamiento para salir de una vez de la *infinita vanitá* [11] *del tutto*, del vacío de un sombrío teatro de espectros, que divierten a los niños y entenebrecen el ánimo a los maduros! El fin de la ciencia humana es el salmónico ¡vanidad de vanidades! estribillo eterno de la filosofía. El ansia misma de vida intensa, arrastra a la muerte. [Vease en la carta de Jorba el fin de Soler y Miquel.]<sup>20</sup> (4).

En la amargura de la desilusión se ha llegado a culpar a la inocente ciencia, echándole en cara que ha hecho bancarrota, como si fuese ella rea del intelectualismo desecante ni de que se la declarara fin en sí. El fracaso es del intelectualismo, no de la pobre ciencia. Quisimos ser dioses por la ciencia del bien y del mal, y esta

17. «desmoronado sillar a sillar el optim» t.

18. «este mismo los» t.

19. «llena» t.

20. «[ ] Añadido a vuelta de hoja por Unamuno.

ciencia nos ha mostrado nuestra desnudez, de que nos avergonzamos ante Dios, y esa ciencia misma nos condena al tra-[12]bajo y a la muerte.

¡La muerte! he aquí la clave de todo. O al morir dejamos de ser aniquilándonos la conciencia individual, o no. «Ser o no ser, éste es el problema», repite el moderno<sup>21</sup> Hamlet obsesionado por la sombra de su padre que le pide venganza.

La obsesión de la muerte fue el elemento religioso que combinándose con el económico produjo las viejas civilizaciones orientales, que, como la del<sup>22</sup> típico antiguo Egipto, arrancaron de la esclavitud y el culto a los muertos antepasados. El problema de la muerte es el radical de la vida<sup>23</sup>. Siendo el morir término ineludible y natural de la [13] vida, es ésta camino de aquél y su luz la luz de la muerte, su fin. La vida honda es prepararse a morir una sola vez y para siempre. La muerte ¿es o no total aniquilamiento de la conciencia? Si morimos del todo nuestro fin es el fin del mundo, de nuestro mundo, de nuestra representación en tal caso. Y si el mundo es algo más que mi representación algo más es mi conciencia que su representante. Es bueno, lector, que recogíendote en ti pienses en<sup>24</sup> que el sol se te apague, se te enmudezcan los sonidos, se te desvanezcan a la vista las formas, se te licue todo en la nada y ni aún la conciencia de la nada misma te quede.

He oído contar de un pobre segador muer-[14]to en un hospital que al ir el cura a ungrle en extremaunción se resistiría a abrir la mano derecha en que aferraba una moneda, sin acordarse de que una vez muerto su mano no sería ya suya. Así hay muchos que en vez de la mano cierran el espíritu queriendo guardar en él al mundo. Me confesaba un amigo una vez que previendo en pleno vigor de salud física una muerte muy próxima sólo pensaba en<sup>25</sup> concentrar la vida viviéndola toda en los pocos días que calculaba<sup>26</sup> le quedarían, e imaginaba escribir un libro: «Los últimos días de mi vida».

¡Vaciedad de vaciedades! ¡Triste estado de paganismo el que ha descrito Renán en uno [15] de sus dramas!

O se muere del todo o no, y «si en esta vida tan sólo esperamos en Cristo somos los más miserables de los hombres» —exclamaba el Apóstol—, añadiendo que «si los muertos no resucitan comamos y bebamos, que mañana moriremos» (I. Cor. XV 19 y 32).

¿Que la muerte no es para la sociedad más que un accidente? ¿Que si yo muero quedan otros? Sí, otros que morirán a su vez, y si todos morimos del todo no es el género humano más que una sombría procesión de fantasmas que salen de la nada para volver a ella. Nos vamos habituando<sup>27</sup> a no sentir la muerte, sino a [16] verla

21. «Haeckel» t.

22. «antiguo» t.

23. «Ya que» t.

24. «cuando».

25. «vivirla en».

26. «quedarle» t.

27. «no ver a la muerte» t.

en demografías o tablas de mortalidad, a calcular el hueco que dejará al morir el prójimo en el escalafón de los comensales a la vida. Se hace de la muerte un dato estadístico, un factor irracional, una  $X^{28}$ , y raro es quien siente respecto a su muerte hacia adentro.

[Los antiguos temblaron ante la naturaleza, velada a sus ojos, sobrecogidos de reverencial espanto, más poco a poco fue el hombre reconciliándose con ella y resignándose a la muerte. Hoy la ciencia nos ha descubierto un nuevo universo y tras la muerte nos ha mostrado la nada, y tiemblan los espíritus ante la naturaleza revelada, al escuchar, con Pascal, el silencio eterno de los espacios infinitos, y verse entre el átomo y el infinito universo. Hoy temblamos ante la visión de las incoercibles leyes de la naturaleza, y todos sentimos más o menos la amargura que encerró Leopardi en aquel verso: Descubriendo sólo la nada crece.]<sup>29</sup>

«Nada se anula —nos dicen por vía de consuelo intelectual— todo se transforma; ni la materia ni la fuerza se pierden. Cuanto hacemos permanece en una u otra forma». Y ¡mi yo! —exclamamos con Michelet— (5) ¡que nos arrebatan mi yo! Mi conciencia propia ¿qué es de ella?<sup>30</sup> si mi conciencia es un [17] mero fenómeno desaparecerá y con ella todo ese consuelo estoico que quieren darme. Cuando te sientes desfallecer de íntima angustia<sup>31</sup> vienen a consolarte pretendiendo explicar el origen de esa angustia misma y quieren darte como remedio al dolor una disertación sobre él. «Prefiero sentir la compunción a saber definirla» (*Imitc. Lib. I. Cap. I. 3*).

Tampoco faltan estoicos que llamen egoísmo a esta inquietud abrumadora por el propio destino individual. ¡Egoísmo! Frente a él nos han sacado<sup>32</sup> eso del altruismo, que no es caridad sino la estéril enajenación mental de cada uno en un puro abstracto, en un ídolo, y así<sup>33</sup> se ha vuelto a la [18] desoladora moral conceptualista y abstracta del estoicismo redivivo, sin más que llamar altruismo a lo que se llamó filantropía en un tiempo [Frente al llamado egoísmo cristiano y en su odio al potente y salvador sentimiento de la personalidad humana que conservó el pueblo escogido, predicó el funesto Schopenhauer el altruismo búdico, que con el nirvana por ideal, conduce a los pueblos a un género cualquiera de opio y a la estupidez por fin.]<sup>34</sup>

Lo que más o menos disfrazado entristece a<sup>35</sup> tantos espíritus modernos, el mal del siglo que denuncia a Max Nordau, (6) lo que perturba a las almas, no es otra cosa que la obsesión de la muerte total, el lúgubre pensamiento que dio un tinte tan sombrío a la decadencia romana la edad del estoicismo, del epicureísmo, de

28. «una verdadera cantidad imaginaria» t.

29. Entre corchetes, nota de Unamuno a vuelta de página.

30. «todos los días desaparecen fenómenos» t.

31. «de dolor» t.

32. «un altruís» t.

33. «hemos v» t.

34. Entre corchetes, nota de Unamuno a vuelta de página.

35. «el ocaso de este nuestro siglo» t.

las extravagancias religiosas y del suicidio. Es una obsesión mucho más sombría y enervadora que la del famoso milenarismo, pues-[19]to que no se tiembla ante el<sup>36</sup> temor a tormentos<sup>37</sup> que atiza ímpetus de penitencias, sino que se paraliza la energía espiritual ante el espectro de la venidera nada eterna, que envuelve a todo en vaciedad abrumadora. Tocase la vanidad del progresismo en el caso de no haber otra vida, y la idolatría progresista se desploma. Descorazona el luchar por el bienestar de seres que volverán un día a la nada de que salieron y se columbra que el hacer la vida más fácil, más grata y más placentera es, haciéndola más amable, aumentar el pesar de tener un día que perderla y preparar así el terri-[20]ble azote de los satisfechos saduceos, la infelicidad de la felicidad, el *spleen* devorador, la *noia* tremenda del pobre Leopardi. ¡Luchar y luchar acaso hasta morir por el bien de otros que al morir han de perderlo! Ved como fracasa el humanitarismo cuando la fe en una patria celestial no le acompaña y hace de él caridad cristiana.

Los que sufren de penuria pelean en las filas del socialismo, fuerte porque ha sustituido a fantasmas<sup>38</sup> cosas tangibles. Pero así que la necesidad temporal del pan de cada día se satisface, surge la necesidad eterna del pan espiritual. El problema llamado<sup>39</sup> más especial-[21]mente social tiene fondo religioso, ya que la pobreza a los unos y a los otros la riqueza les impide pensar en su fin verdadero.

Desilusionados muchos del socialismo materialista refúgíanse en un individualismo trascendente, con su libertad individual abstracta, en las doctrinas de Max Stirner o de Nietzsche. Lo que en realidad hacen es sacrificar su propia alma<sup>40</sup> a un individuo tan abstracto como la Humanidad misma, a un yo conceptualizado. Viven en pura idolatría individualista perdiendo por la libertad abstracta la verdadera e íntima, la de hacer de la letra espíritu y de la<sup>41</sup> ley justicia, la libertad cristiana lograda cuan-[22]do viva en nosotros Cristo. [Así no poseemos nuestras almas, no somos dueños sino esclavos de nuestra voluntad deificada, ya que no la domina nuestro espíritu sino que nos domina ella. Ser esclavo de la propia voluntad es tan miserable como ser esclavo de la propia razón. Nietzsche representa la profunda irreligión.]<sup>42</sup>

Otros, en fin, se hacen idólatras de la belleza, se embriagan en lo fenoménico tomándolo como sustancial y se acogen al esteticismo cuya fórmula desenmascarada dio Homero en su *Odisea* al decir que los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales para que los venideros tengan algo que cantar. Suelen acabar los tales estetas, encharcados en el más vano literatismo, por darse al mundo un espectáculo, por cultivar un sentimentalismo adormecedor o enervante o un diletantismo

36. «torm» t.

37. «fut» t.

38. «tangibilido» t.

39. «social» t.

40. «su yo concretos» t.

41. «jus» t.

42. Entre corchetes, nota de Unamuno a vuelta de hoja.

inhumano, por dar cierto religiosismo de desocupados como si fuese religiosidad. De aquí ha salido ese engendro del llamado neo-misti-[23]cismo, sobre que asoma la siniestra figura de aquel René corroído de orgullo (7). Arrancan de refinado *egotismo* o *egocentrismo*, posiciones que encubren un groserísimo egoísmo estilizado, para emplear este término que se aplica a las hojas de plantas<sup>43</sup> ornamentales en<sup>44</sup> arquitectura con relación a las hojas naturales, como en el acanto, y arrancando de ese egoísmo ornamental acaban en el fango de la crápula exquisita, crápula declarada cuando menos *amoral* e irresponsable, y no pocas veces heroica, santa y hasta divina. De éstos ha brotado la denominación más blasfematoria, la de mártires del placer, y ellos son los [24] que han llegado a declarar heroicos sacrificios tales cuales caídas en la imbecilidad, la locura y aún el alcoholismo. Como en la decadencia romana pasan nuestros decadentes del estoicismo más abstracto y frío al epicureísmo más concreto, del egoísmo intelectual al sensual<sup>45</sup>, de la sensualidad estilizada a la cínica.

<sup>46</sup>Al ver a hombres convencidos de que<sup>47</sup> la muerte les anula por completo en cuanto conciencias, afanarse por el porvenir y destino de otros hombres a quienes también creen condenados a nada eterna, lo que más apena es que se acaba de descubrir en el [25] fondo de todo ello un mero *sport* si es que no la lujuria espiritual de que hablaba San Juan de la Cruz.

Se ha formulado la cuestión de si la vida merece la pena de ser vivida. Si la temporal es un fin en sí ¿quién se atreverá a la hora de su muerte a contestar afirmativamente a la enigmática cuestión?

Es pura vanidad de vanidades el progreso si no cabe que cada hombre venza a su propia muerte. Si la Humanidad es una serie de generaciones de hombres totalmente perecederos no hay más altruismo lógico que la constante predicación del suicidio colectivo universal. Y si por [26] el contrario<sup>48</sup> pensase cada cual en su propia salvación eterna ¡qué inundación de caridad entre los prójimos la que habría en el mundo! [Pobre siglo! Del exceso de su desesperación misma, del seno de su íntima pasión purificadora, le brotará su gracia, su fe, fe, su confianza en Dios, su posesión de Él.]<sup>49</sup>

La Humanidad a que debemos sacrificarnos es Cristo, recapitulación del hombre, Cristo que se sacrificó por todos y cada uno de nosotros, vid de que somos sarmientos.

Resurgen en este fin de siglo los dos problemas radicales: el de la vida temporal y el de la eterna, el económico y el religioso, factores estos dos que han sido

43. «orqui» t.

44. «agri» t.

45. «del estilizado al podrido» t.

46. «Lo que más apena» t.

47. «al morir» t.

48. «temblase» t.

49. Entre corchetes se cita la nota de Unamuno.

en todos los tiempos y países los goznes de la historia humana. Resuélvese el problema económico en última instancia en el terrible círculo vicioso de vivir para (27) trabajar trabajando para vivir, de producir para el consumo consumiendo para la producción, y surge esta pregunta: la vida ¿es fin de sí misma? Del seno mismo del problema económico puede surgir el religioso, así que traspasando la razón de las cosas se busca su verdad, o sea su relación con nuestra salud eterna.

¡La verdad! Y «¿qué<sup>50</sup> es verdad?» preguntó Pilatos a Cristo, volviéndole la espalda enseguida sin esperar respuesta. ¿Qué es verdad? pregunta igualmente todo intelectualismo, que en rigor sólo conoce y acata la inteligencia, como si para relacionarnos con la eterna realidad viva no tuviésemos más que mera inteligencia pura.

[28] ¡Todo es relativo! exclaman. Sí, todo es relativo, pero y la relatividad misma ¿no es también relativa a su vez? ¡Todo es relativo y nuestra mente por sí sola no pasa de relaciones! Mas los que tienden y aspiran con amor al Amor eterno avivan al hombre interior vivificado en Cristo y por Cristo, para así relacionarse con el Absoluto; pide con constante perseverancia al Padre que venga a nos en su reino, el reino que es justicia y paz y gozo por el Espíritu Santo (Rom. XIV, 17), que no consiste en palabras sino en virtud (I, Cor. IV, 20), el reino que no es de este mundo; pídenle se haga su voluntad, que es de que no pierda Cristo nada de lo [29] que le dio el Padre sino que lo resucite en el día postrero, y que todo aquél, que ve al Hijo crea en él, tenga vida eterna y sea por El resucitado (S. Juan VI, 39-40); y creen y esperan que el postrer enemigo, la muerte, será deshecho, para que acabadas de sujetarse al Hijo las cosas todas se sujete él mismo a Aquel que le sometió todo (I. Cor. XV, 26-28), y así sea todo en todos Dios, en quien vivimos y nos movemos y somos (*Hechos de los apóstoles*, XVII, 28).

[Dejando la Razón y la Voluntad buscaremos el Amor. Dios es Amor (y San Juan) y el amor es más fuerte que la muerte. Una sola cosa es necesaria, dijo Jesús (Lucas X, 41-2) al hablar de la parte que tomó para sí María. Una sola cosa es necesaria, la fe, que es amor. Y el amor es justicia.]<sup>51</sup>

Buscando el reino de Dios y su justicia se nos dará lo demás de añadidura.

Miguel de Unamuno

Salamanca, 18 de octubre (1897)

50. «cosa» t.

51. Entre corchetes nota de Unamuno.



NOTAS

- 1) Johann KASPAR SCHMIDT («Max Stirner»), alemán, nacido en Bayreuth 1806 y muerto en Berlín 1856; cf. Nota 26. su principal obra, *El único y su propiedad* (Der einzige und sein Elgenthum). Traducción de Pedro González Blanco. Valencia, F. Sempere y Compañía, s. f. (1904) 2 vols., I-209; II-292 pp.
- 2) Antero de QUENTAL, portugués (1842-1891). Unamuno tuvo en su biblioteca: *Primaveras románticas*. Versos dos veinte annos (1861-1864). Porto: Imp. Portuguesa-Editora, 1872, VII-202 pp. (Salamanca, CMU, U-4461); *Odes modernas*, 3.<sup>a</sup> ed. Porto, Livraria Chardron, 1898, 190 pp. (Salamanca CMU, U-4497; ejemplar anotado en rojo por Unamuno); *Los sonetos completos* de... Prefacio de J. P. Oliveira Martins. Traductor Emilia Bernal. Madrid, Imp. de G. Hernández y Galo Sáez, 1926, 235 pp. (Salamanca, CMU, U-2871: «A Dn. Miguel de Unamuno, su devota, Emilia Bernal. Barcelona 1930»).
- 3) Como es sabido, Unamuno tradujo *La retama* (E-VI, 322-329) y escribió «La retama de Leopardi», en *El Socialista* (Madrid), 23-VII-1893.
- 4) Véase nota 37.
- 5) Karl Ludwig MICHELET (1801-1893, seguidor de Hegel en la llamada «derecha hegeliana», autor de *Examen crítico de la Metafísica de Aristóteles*. Traducción del francés por Rodolfo Agaglia. Buenos Aires Ed. Imán, 1946, 362 pp. 1 h.
- 6) Fueron muchos los escritos suyos traducidos al castellano, como: *La guerra de los millones* (Drama en 5 actos). Versión de R. Casinos Assens. Valencia: Prometeo, s. f., VI-7, 182 pp.; *El sentido de la historia* de Nicolás Salmerón y García. Madrid: Ed. Jorro, 1911, 1 h. 407 pp. 2 h. *La biologie de l'éthique*. París: Libr. Alcan, 1930, 2 h. 234 pp. 1 h.; *Crítico contemporáneo*. Traducción del Centro Ed. de Prensa. Barcelona, ídem., s. f., 63 pp.
- 7) Fueron muchas las obras que corrieron en español de Francisco Augusto de Chatobriand; como también de su novela: *René*. Novela americana. Barcelona, A. Bergnes, 1832, 354 pp. (Salamanca, BU, 22008) y muchas más ediciones, que no señalo.